

Preservación y pérdida: la autobiografía como inventario en Darío Canton

Carlos Battilana

El expedicionario español Álvar Núñez Cabeza de Vaca escribió en *Naufragios* lo que se denomina una “relación”, género reservado a aquellos individuos que debían dar cuenta a la Corona de sus logros en tierras extrañas. Lo paradójico del libro de Cabeza de Vaca es que su estadía en territorios desconocidos durante un lapso aproximado de una década, en lo que actualmente es el sur de Estados Unidos y el norte del territorio mexicano, no tiene más logros que la propia escritura como única donación a la Corona. Ni hablar de tierras ganadas a los aborígenes ni de tesoros obtenidos ni de una evangelización sistematizada. Como lo revela el título, el texto narra la historia de un naufragio y de un viaje que se inicia “tan al revés”. La escritura, sin embargo, parece preservar los hechos ocurridos y nos habla, secretamente, de otro viaje paralelo: el viaje íntimo de un yo en relación con los otros, el pasaje que comprende la transformación de la subjetividad y, consecuentemente, de la mirada. El autor debe justificar ante la Corona el mérito de haber recorrido durante mucho tiempo tierras lejanas sin haber conquistado siquiera un pedazo de tierra. El único obsequio que tiene para ofrecer, con el fin de disimular la inutilidad de la expedición, es su cuerpo maltrecho y su escritura. La escritura, entonces, se torna el intento inconmensurable de aprehender la experiencia de los días pretéritos y de registrar los infortunios y las adversidades de la expedición. Como si el agua se le escapara por todas las hendiduras del texto, *Naufragios* naufraga desde el comienzo, pero aun así se intenta la empresa de escribir y ofrecer performativamente ese acto que desde el punto de vista práctico acaso sea nada, y que desde el punto de vista personal se vuelve un acto que se justifica a sí mismo.

Darío Canton tiene, también, un proyecto inconmensurable: su horizonte es lo imposible y su obsesión es no dar por perdidos ni los restos, ni las

escorias, ni la energía desperdigada a lo largo de los años. *De la misma llama*, título común de todos los volúmenes que la componen, es la autobiografía intelectual y poética de Canton. Pero no es sólo eso, sino la recuperación de un laboratorio de escritura que contiene poemas del autor con sus versiones y borradores, y en el que se evoca el contexto en el cual se escribieron. El lugar de Canton en el panorama de la poesía argentina es apenas visible. Cuenta con el apoyo fervoroso de un pequeño núcleo de lectores, que en los últimos años ha ido en aumento, al igual que los textos críticos dedicados a su obra. Darío Canton nació en la ciudad de Nueve de Julio en el año 1928. Publicó *La saga del peronismo* (1964), *Corrupción de la naranja* (1968), *Poamorio* (1969), *La mesa* (1972), *Poemas familiares* (1975), *Abecedario Médico Canton* (1977) y *Asemal*, revista unipersonal, entre 1975 y 1979. *De la misma llama* es su autobiografía literaria publicada en seis tomos: *La historia de Asemal y sus lectores* (2000), *Berkeley* (2004), *Los años en el Di Tella* (2005), *De plomo y poesía* (2006) y el que aquí nos ocupa. Se encuentra en preparación la última parte de su autobiografía.

Nue-Car-Bue. De hijo a padre (1929-1960) es el volumen seis de la serie, cuyo orden de publicación no respeta la secuencia cronológica expresada en su numeración.¹ Narra los primeros años de vida del autor, su adolescencia, su experiencia militante en la universidad y sus inicios laborales y profesionales como sociólogo. Lo primero que pensamos al comenzar a leer el texto es que hay que sortear una serie de obstáculos. ¿Qué indica ese título? ¿Es el indicio topográfico de tres ciudades: Nueve de Julio, Carmelo y Buenos Aires? ¿Es necesario leer los otros volúmenes de la serie para comprender la materia que se narra? ¿Tendrán 768 páginas como éste?

Avanzamos un poco más y comprendemos que la lista de familiares, amigos y colaboradores de diversa índole no sólo es profusa, sino que está acompañada por un conjunto de términos vinculados desde el punto de vista semántico al afán constructivo y al espíritu tesorero: leemos palabras como “aportes”, “colaboración”, “asistencia”, “ayuda”, “búsqueda”. Son las palabras que muestran el auxilio múltiple que recibió el autor en su escritura y el libro en su edición. Luego asistimos a la clasificación del contenido del volumen mediante una taxonomía calificada de “material surtido”. Nos preguntamos entonces: ¿cómo clasificar lo heterogéneo? Lo que comienza como un hilo posible de ordenamiento (escritos más o menos literarios y material autobiográfico) se desbarra en “recetas de comidas”, “postres preferidos” y “recibos por la compra de distintos bienes”. La acumulación de materiales dispersos, con el único fin de que nada se pierda, cede inevitablemente a la digresión y, finalmente, al recuerdo marginal. Las fotografías que evocan la etapa

¹. Canton, Darío, *De la misma llama*, tomo vi: *Nue-Car-Bue. De hijo a padre (1928-1960)*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2008.

infantil parecen seguir un patrón autobiográfico firme, pero luego, otra vez, ceden al desvío. A modo de ejemplo, aparecen las imágenes de unos atletas. El lector se puede preguntar acerca de la función que cumplen dichas fotografías en el conjunto del texto. Así lo explica el autor: “Héroes del atletismo de mis hermanos adolescentes: Roger Cevallos, destacado mediodfondista, y un forzudo campeón en el lanzamiento de la bala”. Nos percatamos de que las referencias conducen a otros universos de sentido, mediadas por una leve ironía que recorta la mirada del enunciador.

El libro contiene determinadas confesiones que acaso ayuden a comprender no sólo la naturaleza del texto, sino sobre todo el tipo de empresa en que se ha embarcado el autor, individuo –conjeturamos– de un carácter lleno de energía y que recuerda a los personajes de aventura leídos en la niñez, tan afectos a emprender proyectos imposibles. Se revela además como un individuo dotado de una memoria prodigiosa: “se me puede considerar un buen secretario de actas, alguien que da cuenta [...] de lo que sucedió y se dijo en alguna ocasión [...]”. Entonces comprendemos que el sujeto que enuncia este texto tiene un afán: conservar, archivar y registrar todo lo que pasó sin desfallecer en la empresa que se propuso. En una entrevista que se le realizó en el año 2006, como si pesara un mandato antiguo o se recibiera una herencia familiar que es necesario preservar, el autor explicaba: “Mi familia era de guardar”. Pero en este libro agrega una nota inquietante, que vuelve inaferrable un sentido cristalizado: “espero no haber cometido errores de importancia. Reservo desde ya lugar en el último tomo para rectificaciones”. Por lo tanto, esta escritura pretende aprehender lo que acaeció, pero luego desliza la sombra de una duda: “acaso haya detalles en parte inexactos”. Es decir, la escritura aparece como una perpetua corrección que no desfallece en la pretensión de “inventariar las diferencias y similitudes entre los múltiples hoy y los no menos diversos ayeres” y, a su vez, reconoce una posible falla de origen, la posibilidad del error.

Como dijimos, Canton se interroga sobre la naturaleza de la escritura. ¿Qué hacer con esa materia maleable que puede clasificar y describir incansablemente? Sin embargo, esa materia lingüística también puede “rectificar” lo que parecía seguro, conjeturar posibles acontecimientos y finalmente deshacerse como ceniza ante la posibilidad de algún error, pues entre las palabras y las cosas hay una fisura irreductible, una equivalencia deseada, pero siempre trunca. Por eso, más que contar los hechos de un período (1928-1960), este libro refiere las obsesiones de quien se pregunta por los signos que están frente a nuestros ojos, “un libro que cuenta la historia de quien aspiró a ser escritor y [...] que se ocupa de sus comienzos”. La indagación sobre los “comienzos”, en este libro, se vincula con el principio de una vida, pero también, y sobre todo, con el origen de la escritura.

A pesar de esa perspectiva omnimoda y archivista de la que, acaso, se podría extraer algún sentido práctico, Canton ironiza sobre los resultados y las actividades “de provecho”. La paradoja es que la empresa de escribir esta

larguísima obra requiere de un sostenido afán, aunque no se obtengan beneficios evidentes, y recuerda, oblicuamente, el episodio en el que el protagonista abandona la carrera de abogacía: “el que dejara Abogacía por Filosofía y Letras fue vivido [por la familia] [...] como una pequeña tragedia”, en tanto subyacía la pregunta: “¿Pero y todo eso *para qué?*”

En discrepancia con la tesis del cuento “Funes el memorioso”, de Jorge Luis Borges, en la que se afirma que “pensar es olvidar diferencias”, Canton desjerarquiza acontecimientos y plantea que la única manera de hallar un sentido a la experiencia es tener en cuenta lo que, precisamente, aparentan ser los detalles y las diferencias menores. De ese modo, por ejemplo, puede registrar la lista de obsequios y adhesiones recibidos en la fiesta de casamiento de sus padres, o incluir frases cortas a modo de máximas, consejos o información “oportuna” extraída de la revista *Billiken* (“En Asia hay mil millones de habitantes”, “Evítale disgustos a tu maestra”, “Manantiales de salud son la higiene y la virtud”, “En Holanda no hay montañas”, “La raza blanca se llama caucásica”). Por algún motivo que podría buscarse en la devoción por el instante irrepitable, todo acto de enunciación se vuelve en su caso particularmente testamentario. Es cierto que en el mismo momento en que alguien dice *yo*, su evocación actualizada es, al mismo tiempo, un acta de defunción del presente pues recuerda como telón de fondo la fugacidad de toda enunciación verbal. ¿Cómo hacer de los restos, de la dispersión, de los signos e íconos plasmados en un papel, un mapa que los salve del olvido? Nos preguntamos, presumiendo la ansiedad y el sobresalto del sujeto que enuncia, si lo que se propone Canton no será, en definitiva, la escritura de un mapa infinito que contenga, también, el olvido, la distracción, aquello que está fuera del foco de la cámara de la atención y de la reminiscencia.

El primer romanticismo, a través de Novalis, atribuía a la poesía la función de “representar lo irrepresentable”. El carácter sucesivo de la escritura, según esta perspectiva, sería capaz de aprehender lo que presumimos simultáneo. La paradoja de la poesía sería poder registrar en la dimensión temporal una dimensión absoluta, atemporal. Lo que se propone Canton es dar cuenta de una totalidad material, plagada de objetos y acontecimientos, en términos materiales: la ambición tiene algo de desatino romántico pues es un intento por desplegar todas las posibilidades de la escritura y la intención de capturar un tiempo imposible. Como toda experiencia, la del autor es múltiple, heteróclita y variada. Al igual que un niño malcriado que no se arrepiente de emprender cosas imposibles, Canton se niega a desechar el tiempo e intenta cubrirlo de escritura y de una pluralidad de versiones que emanan de ella. No solamente registrar el tiempo, sino acompañarlo en su misteriosa expansión, requiere de alguna fe. Lo poético reside también en esa actitud y en esa magnitud. El autor lo sabe, pero también sabe que las palabras no son signos asépticos que se limitan a registrar el paso del tiempo, sino el indicio o la reliquia manifiesta de que una experiencia ha acontecido.